

TRIGO-(Tres)

(algun)

Padre Pedro José Ynaraja

Comer trigo tostado es apetitoso, pero de difícil digestión, de aquí qué, entre otras razones, el hombre elaborase el pan, probablemente el primer alimento procesado. Si el lector fuera viejo como yo, y viviera en la cuenca mediterránea, la mayor parte de las explicaciones que voy a dar le serían superfluas, pero me ilusiona pensar que será más joven y que desconocerá el proceso seguido desde que empezó por frotar entre sus manos unas espigas, comiera las semillas y guardara unas cuantas para sembrarlas. Lo que contaré venía haciéndose desde hace 4000 años y, curiosamente, en menos de 50, ha desaparecido de nuestra realidad agrícola.

Se sembraba el grano a mano, cogiendo del recipiente sujeto a la cintura, un puñado de trigo. Previamente se había roturado el campo, marcando surcos que facilitasen la germinación (Sl 129,3). Se lanzaba con una precisión admirable, de manera que, por ejemplo, en Catalunya, se llamaba cuartera a la extensión que se podía sembrar con un saco de trigo. Parte caía en buena tierra, otra en terreno adverso (Mt 13, Lc 8). Se mezclaban arrastradas por el viento malas hierbas, que deterioraban la cosecha. La cizaña amargaba e intoxicaba (Mt 13,24). Hoy los herbicidas lo impiden. Si las lluvias eran favorables, el labrador contemplaba esperanzado como espigaban las plantas (St 5,7). Llegaban los segadores, que no siempre eran suficientes (Mt 9,37) y cumplían con su labor amontonándola en gavillas. Complementaban el trabajo las espigadoras (recuérdese a Rut). Extendida la mies en una superficie dura, la era, se procedía a machacarla mediante el trillo, una superficie de roble con medallones de cuarzo que arrastraba monótonamente un buey. Se detenían a comer de lo que él mismo pisaba (I Cor 9,9). Al final de la jornada se barría el terreno y se guardaba amontonado y revuelto paja y grano. Completada la faena, llegado un día de suave viento, se lanzaba al aire con destreza. El tamo, inútil del todo, caía lejos (Isa 40,24). La paja un poco más cerca, el grano, muy próximo a donde con la horca lo había lanzado el que beldaba o aventaba, que de las dos maneras se llamaba este trabajo. El amo aquellas noches, se quedaba a dormir próximo al montón de trigo, para que nadie se lo robara (por consejo de su suegra Noemí, sabia casamentera, Rut, la moabita, tuvo la osadía de tenderse a sus pies nocturnamente y aquí empezó el idilio de la antecesora de Jesús).

He presenciado estas labores como cosa natural. Se me permitió, por ser sobrino de terrateniente, y después de recibir muchas recomendaciones, trillar algunas veces.

La mies almacenada en el granero, era molida en casa. Era labor femenina. He observado que culturas diferentes, iberas, cananeas o israelitas, se servían de molinos semejantes. Dos piedras circulares, la de abajo descansando fija en el suelo, la de arriba girando mediante un palo introducido en ella. El trigo se iba metiendo entre ellas y moliéndose. Se amasaba luego y se dejaba fermentar, gracias a un poco de levadura que se le añadía a la mezcla de harina y agua(Lc 13,21). Al cabo de unas horas se metía en el horno, que ocupaba un rincón de la vivienda. La calidad del grano y de su molienda, determinaba la excelencia del resultado.

Cuando levanto la patena ofreciendo a Dios el pan fruto del terreno y de la labor humana, entiendo muy bien el significado de lo que digo. Partiendo de harina y del agua de los riachuelos que rodeaban nuestras tiendas, y aprovechando el rescoldo del fuego de campamento, las patrullas amasaban y cocían rústicos panes, sin dejarlos fermentar. La que le salía mejor, gozaba del privilegio de que su pan fuese el que se consagraría en la misa. Eran tiempos de mayor piedad y en los que se nos permitía encender fuego.

Fiel a las normas litúrgicas que dicen que la materia aparezca verdaderamente como alimento (OGMR c VI,1) utilizo en mis celebraciones panes ácimos que a simple vista nadie duda que lo es. Cuando uno viene con hambre biológica y ansias de Gracia, saciarse con lo que, en razón del rito sagrado, sé que es el Cuerpo de Cristo, me siento unido, no solo a Él, sino a los Apóstoles, que estupefactos, recibieron el don del Señor, seguramente, algunos de ellos, un poco distraídos como me pasa a mí, pero fieles al mandamiento del Maestro.